RECUERDOS.

De antiguos tiempos
La grata historia,
En mi memoria
Vaga sin fin,
Y mil recuerdos
Conmovedores,
De dias mejores
Vienen á mí.
Como un suspiro
Del aura erránea,
Como instantánea
Súbita luz,
Cruzan mi mente
Notas y escenas
De horas serenas
De juventud:
Ecos perdidos,
Fantasmas bellos,

Febles destellos
De astro que fué.
Ay! De los hombres
Sería la suerte,
Eterna muerte
Sin ese bien,
Sin los ensueños
Aunque fugaces,
Locos, falaces
De ardiente amor;
Sin el hechizo,
De esos engaños,
Sin esos años
De animación.
Y ¿qué es la aurora,
Con sus rumores
Y sus colores
Y aura gentil?
Y del arco-iris
¿Qué, los reflejos
Que desde lejos
Se ven lucir?
Y del fulgente
Límpido cielo

¿Qué es ese velo
Díafano azul?
Del verde prado
¿Qué es la alegría?.....
—Flores de un día,
Juegos de luz!
Así el encanto
Del alma inquieta
Y del poeta
El santo ardor:
Así la magia
De los amores,
Así las flores
Del alma son:
Lúcida estela
Del pensamiento,
Fugaz momento,
Ritmo feliz;
Eco que vibra
En la memoria,
Voz delusoria
De falsa hurí;
Clisé de un cuadro
Que se nos graba,

Y como lava
De ígneo volcán,
Queda en la mente
Petrificado:
Es el pasado,
Es nada ya.

ANGUSTIA.

Cuando ya me resigno á que la muerte,
Con la helada anestesia de su manto,
Cubra mi mal y embote mi quebranto,
Llevàndolos conmigo hacia su fin,

¡Todavía me asedian los recuerdos
Como bandas de blondas hetaíras
Que en ánfora de impúdicas mentiras
Me brindan embriagante seducción!

¡Todavía pretenden en mis ojos
Colocarme su prisma diamantado
Que refringe las luces del pasado
Con alucinadora falsedad!

¡Todavía en los claros del insomnio,
Un rayo de esperanza á veces brilla
Como esfuerzo de torpe pesadilla
Por salir de anhelosa lobreguez!

Mas, si dejo llevarme de ese impulso,
Y otros lauros vizlumbro en mi delirio,
Que no sean la palma del martirio
De obscura y dilatada abnegación,

El avance tenaz de mi verdugo
Cabe mi lecho de dolor crepita,
Que con sonrisa de ironía maldita
Hasta esos fuegos fatuos hace huir.

Y establécese allí, como la fiera
Que, teniendo á su víctima segura,
Prolonga su ansiedad y su tortura
Deleitándose en verla terrecer.

¡Hiere pues, de una vez, Moira enemiga,
Y termine, por fin, este combate
Que, á cada nuevo desengaño, abate
Mi espíritu y mis fuerzas más y más!

Y tú, Ménade, sombra del pasado,
Que aumentas los objetos y afecciones
Con formas de bizarras proporciones,
¡Retírate, retírate de mí!

Al cabo, de esta vida que se escapa,
Todo ha sido espejismo y vano empeño,
Y sólo de la muerte el frio sueño
Tiene consolante realidad.

Mi suerte malogré desatinado,
En un albur jugándola del mundo,
Y al fin de la partida, sólo inmundo
Un presente, me queda que perder.

Hay otra vida!—Allí los que sufrimos
En ésta, por el mal que hayamos hecho,
Quizá ya encontraremos satisfecho
El saldo de esa deuda de expiación.

¡Oh, sí mil veces, mi esperanza es esa!
La que siempre es verdad: la que se alcanza
A medida que menos esperanza
Ponemos en el bien de por acá.

CONFIANZA.

Muchas veces desperado,
Maldije de mi fortuna,
No hallando salida alguna
A mi negra situación;
Muchas veces bajo el peso
De angustioso sentimiento,
En un solo pensamiento
Mi alma fija se quedó:

De vigilia horribles noches
En que en silencio se llora,
Y sorpréndenos la aurora
En inmóvil actitud.
¿Por qué no elevar entonces,
Nuestro espíritu hacia el Cielo
Para buscar el consuelo
Que hallan tantos en la Cruz?

El que rocía á las plantas
Y á las aves teje nido,
¿Sólo al hombre desvalido
El socorro negará.....?

Su providencia nos sigue,
Y espera que en la desgracia
Solicitemos su gracia
Para calmar nuestro afán.

Confianza! He aquí el secreto,
El eje de la existencia:
Confianza en la Providencia
Sin reservas ni temor!
Y así vendrá lo más propio
Para nuestro bien completo:
O el ambicionado objeto,
O santa resignación.

DEPRECACION.

¿Por qué, del corazón la paz tranquila
No he de poder hallar, Dios Soberano,
Si tienes las fortunas en tu mano
Y la paz y la dicha tuyas son?
¿Por qué desconfiar de tus bondades
Fomentando la duda y la tristeza,
Cuando haces la opulencia de pobreza
Y al Gólgota conviertes en Tabor?

¡Oh Dios, Eterno Dios, á quien me arrimo
Como al encino, lánguida la yedra,
Sostenido por tí, nada me arredra:
Ni olvidos, ni traiciones, ni escasez!
Vendrá de nuevo la estación florida
Con sus campiñas de aromosas frutas;
Pero al áspid oculto entre sus grutas,
Con experto temor yo evitaré.

¿Dudo acaso?—¿Y es duda filosófica
La que en mi pecho, vergonzante anida,
O es la fétida Arpía del suicida,
Esta que aletea cerca de mí?

¿O es la vergüenza y el temor al mundo,
Lo que toma la máscara de dudas:
De ese mundo que vende, como Judas,
A los que le aman, con vileza ruin?

No; tan sólo es impía desconfianza
De que haya una tan grande Providencia
Que tenga voluntad y omnipotencia
Para cambiar de un átomo el correr.
Pero ¿quien da y destroza las coronas,
Infunde la salud y ese valiente
Impulso razonado de la mente,
Que héroes y genios en el mundo es?

¡Tú lo das, es verdad! La desconfianza,
Que retire de mí su torvo espectro;
Y, empuñando otra vez áureo plectro,
Himnos te elevaré de bendición.

.....

.....Diríase que el ángel de la vida
Ha rozado mis sienes con su ala,
Pues siento por mis venas que resbala
Fluïdo de suavìsimo calor.

VOTO.

¡Que como en tiempos de recuerdo santo,
Mi corazón se anime, Madre mía,
Al pronunciar tu nombre sacrosanto!
Más suave otra alegría,
Ni esperanzas más bellas y risueñas
He tenido después; ni puede el hombre
Abrir su corazón con más ternura,
Que al repetir tu nombre,
Símbolo de bondad y de ventura.
Quiero otra vez tenerte por consuelo,
Y para ello en tí cifro mi confianza,
Pues queriéndolo tú, Reina del cielo,
Mi tedio pesadísimo y mi duelo
Se tornarán en fúlgida esperanza.
¡Mi suerte he merecido!
Y esta voz que resuena en mi conciencia
Como de otro sentencia,
En vez de provocar odio y rencores
Contra aleve enemigo,
Háceme conocer de mis errores,

No ya la necesaria consecuencia,
Sino el digno castigo.
Han sido, lo confieso, culpa mía
Los males, ¡oh María!
Que alejado de tí, yo he padecido;
Pero ha sido también, tal el estrago
Que han hecho en mi moral tantos pesares,
Que necesito, Virgen, que me ampares
Bajo el armiño de tu dulce halago;
Y que, cual madre tierna,
Más que la madre que meció mi cuna,
Recibas por tu cuenta mi fortuna;
Y la negra caverna
Cierres de ese pasado
Que, sólo imaginarlo renovado,
Causa el vértigo mismo
De atracción, que la boca de un abismo;
Y alumbre mi horizonte infortunado
La bienhechora luz de tu exorcismo.
Tú lo puedes muy bien, lo puedes todo
Con un ruego no más, con una queja,
Porque á tu voz la tempestad se aleja
Y en bonanza se trueca el fiero mal.
Mi deseo es vivir en tu refugio
¡Oh celestial y púdica María!
No ambiciono glorias ni poesía,
Que no sean las de tu excelso amor.
Quiero quedarme en tu materno asilo,
Abandonando todo asilo humano,

Y recibir tan sólo de tu mano
El bien que satisfaga mi ambición.
En tí, Señora, mi esperanza fundo,
Mi verdadero amor en tí se encierra,
Y mis demás afectos de este mundo,
Subordinados á ese amor serán.
Cuando me atraiga alguna maravilla,
Algo muy grato que en el mundo vea,
Ha de ser por la idea
De poderlo á tu amor sacrificar.
Haz que respire mi cansado espíritu
Aquel suave contento, aquella calma
Que los niños respiran,
Como si fuera oxígeno del alma;
Y extirpa de mi pecho
Este nido de vìboras y helmintos
Que tanto mal me han hecho.
Porque este hervor de pésimos instintos
Y acre misantropía,
Tan sólo por la acción restauradora
De la que se levanta como aurora,
Se puede convertir en alegrìa.
Pido tanto, Señora, porque siento
Que sin un cambio radical por base,
Como pluma de nieve desharáse,
Al tibio soplo de contrario viento,
Mi confianza y mi fe.

MAVETH!!!

Morir, morir! Miseria màs enorme
No se puede alcanzar, ni más profunda.
¡Quedarse reducido á masa informe
De sucias larvas y materia inmunda!

Si sólo fuera abandonar la vida
Para entrar en la nada por completo;
Aunque inmensa la pèrdida sufrida,
Para sentirla, no habría sujeto.

Pero bajar desde la excelsa cumbre
En que el hombre se encuentra sublimado,
Hasta un poco de infecta podredumbre
Que es lo que más repugna en lo creado,

Es pasar más allá de lo postrero
Quedando de inferior aun á la nada,
Es un descenso más allá de cero
A que la horrible muerte lo degrrda.

Ante tal abyección y desventura
Que admitir se resiste, aunque se vea,
Se siente sublevar nuestra natura,
Sin llegar á avenirnos con su idea.

Nada iguala al suplicio de la muerte,
Puesto que sucumbe el moribundo
Que antes, sobreviviera á toda suerte
De males y tormentos de este mundo.

Es horrible morir ¡oh Dios Eterno!
No hay una angustia superior á esa,
Y por eso la pena del infierno
Es muerte que no acaba y que no cesa.

Hay indudablemente un gran arcano
En tan descomunal desequilibrio
Que obliga á presentarse al ser humano,
De todos los demàs, hecho ludibrio.

—Dios es la vida. Aquel que lo reniega
Y no quiere beberla de su fuente,
Por su soberbia voluntad se entrega
A morir, y morir, eternamente.

Si por una estulticia pervertida
Quiso llamarse Dios el primer hombre,
Negándose á deber á Dios la vida;
Por usurpar ese inefable nombre,

El sólo fué el autor de la sentencia
Que lo convierte en despreciable escoria,
Sin medir la funesta consecuencia
Que le traería su vana gloria.

A ese fallo fatal el hombre debe
Que el ángel de la muerte lo avasalle,
Ya que en él mismo la guadaña cebe,
Ya que en los que ama, su furor estalle;

Y es terrible, si llenos de energìa
Con violencia de tromba nos derrumba,
Y más, si con lentísima agonía,
Cruel nos va arrastrando hasta la tumba.

¡Yo no quiero morir, oh Jesús mío!
Y aunque tenga esa deuda por herencia
O en uso de mi dèbil albedrío,
La puede condonar tu omnipotencia.

¡Yo no quiero morir! Morir me espanta
Y me espanta la helada sepultura;
Ya tú pagaste con tu muerte santa
Toda nuestra deuda con usura.

Yo no quiero tener ese delito
Que consigo trae tan dura suerte,
Yo no quiero morir ¡oh Dios bendito!
Pues ya pagué mi deuda con tu muerte.

Y si por atavismo la contraje
Con la concupiscencia y el orgullo,
Pertenezco también á otro linaje:
Soy hijo de tu amor, soy hijo tuyo.

Renuncio los honores y blasones
De los que tú me diste como guias,
Si bien te he suplicado los perdones
Cuarenta años hasta hoy, todos los días.

Y no acepto esa herencia, tan tremenda
Que no es la de mi Padre y Dios amado;
Sólo tú eres mi herencia, tú mi hacienda,
Y no la de la muerte y el pecado.

A tí te amo, Señor, porque en tí encuentro
Ese calor que el alma necesita
De amor y de bondad: tú eres el centro
A cuyo rededor mi alma gravita.

Por eso al contemplarte con la idea,
Como grano de cera en tí se funde
Y en deleite infinito saborea
Que contigo se junta y se confunde.

Yo te busco, Señor, porque en tu ambiente
Me siento en mi elemento con holgura,
Como el ave en la atmósfera se siente,
Como el pez, de los mares en la anchura.

Tú lo sabes muy bien, siempre te he amado,
A pesar de mis necios devaneos,
Y acá en mi corazón yo te he adorado
En altar sobre todos mis deseos.....

Permite pues, se calme la locura
Que en el delirio del pavor blasfema
Queriendo sustraerse á la natura
Que nos impone esa expiación suprema.

No me imputes, Señor, lo que te digo
Transido de un terror que me extravía;
Si sólo por la muerte he de ir contigo
¡Venga la muerte y toda su agonía!

Me esfuerzo en comprender que es necesario,
Para ver de tu faz la limpia lumbre,
Purificar el alma y su sudario
Que la culpa manchó de podredumbre.

Sólo te ruego ya, que en esa hora
Que te hizo horripilar hasta á tí mismo,
No me deje tu mano protectora
Despeñar hasta el fondo del abismo.

DRAMAS.